

La Arquitectura y la Tradición

Por Alberto Dothee

No falta gente que a menudo contempla con aprensión el giro que toman las cosas en nuestros días. La civilización, tal cual se presenta, o mejor todavía, como se vislumbra, parece ser demasiado para nuestro limitado entender; tenemos por ejemplo la luz eléctrica, la usamos día y noche y nos parece tan común como la vela lo era para las generaciones de los tiempos transcurridos, pero, al fin y al cabo, sí entendemos lo que es una vela por saber de qué y cómo se hace? Entendemos acaso la electricidad, cosa que no se ve sino en sus manifestaciones, entendemos acaso algo más de la fuerza atómica que mañana será la fuente de energía para nuestras necesidades materiales?

Mirando pensativos hacia el pasado, el pasado es decir ayer, porque hace apenas unas décadas que tenemos la era de la máquina, todo ha cambiado con pasos gigantes. Durante centenares de años la humanidad se trasladó a caballo o en vehículos de tracción animal, se alumbró con candelas (los comunes fósforos no son de tan antigua invención, el pedernal y la yesca se usaban todavía para arrancar chispas), el aljibe y el cubo de agua reemplazaban la plomería para los servicios sanitarios, que fue usada por los romanos pero olvidada durante la Edad Media. Y en términos generales, todo lo que nos rodeaba era la obra de pacientes artesanos que concienzudamente repetían sin cesar, con manos hábiles, todo lo indispensable para vestirnos y alojarnos.

En algunos años, algunos años, porque la era mecánica tendrá apenas un siglo; y qué es un siglo en presencia de nuestros dos mil años de civilización cristiana y de los cincuenta siglos de la civilización antigua que nació en Egipto cinco mil años antes de Cristo? En estos pocos años hemos visto bruscamente a las fuerzas de la naturaleza avasalladas por potentes turbinas que nos dan luz y calor; locomotoras que con efímero vapor arrastran toneladas; automóviles y aviones, los cuales con un líquido volátil nos lanzan sobre tierra y aire; teléfono y telégrafo, que anulan la distancia; la fotografía que fija el acontecimiento, y qué más? Todas cosas tan familiares que nadie se extraña ya. Pero el progreso no se para allí. Vamos a tener el cohete para intercomunicaciones más rápidas que el sonido, la televisión para vernos y hablar con gente que vive en cualquier punto del planeta, y, si no se usa antes

para acabar con este planeta, la energía nuclear sobre la cual ni podemos todavía predecir.

Todo eso para tratar de explicar que el hombre ha cambiado. Verdad sencilla que al parecer no necesita demostrarse, pero... si el hombre cambia, también cambia el modo de vivir, y dónde está la tradición en todo eso?... Tradición es una relación sucesiva de unos en otros, una doctrina así transmitida, una transmisión de prácticas, cuya usanza a veces no es sino una deformación del significado original, como la costumbre de descubrirse por cortesía, porque en el Medioevo los caballeros se quitaban el casco delante de su señor para ponerse indefensos ante sus intenciones; gran imprudencia cuando el señor estaba descontento (hoy día, sin segunda intención, se repite el ademán ante todo para con las damas). Se necesitará varios volúmenes para remontar al origen y justificar muchas de nuestras tradiciones. Quizás aún es cosa de instinto ya que los animales tienen muchas tradiciones, como el perro que escarba la acera en recuerdos de su prehistoria cuando en la selva necesitaba disimular los rastros a sus enemigos. Por tradición nos acostumbramos a ciertas formas artísticas y sin pensar si son la expresión de nuestras necesidades y de nuestro modo de vivir, las repetimos sin descansar. Porque al fin, el arte debe ser adaptado a nuestros tiempos como el resto, el hombre sensato siempre ha sacado efectos artísticos de las cosas que le sirven y no de accesorios inútiles.

Acaso el hombre que viaja en avión debe vivir en la misma habitación de aquel que caminaba a caballo? Podemos imaginar un poderoso automóvil de ocho cilindros con una carrocería Luis XV? No es tan gracioso, pues vemos en nuestros salones incómodos asientos de la "Epoca" (cuál?) que no reemplazarían por nada del mundo sillones confortables decretados feos por ser modernos. Por tener una residencia de estilo colonial, se priva uno de esos dones de Dios, gratuitos por cierto, sol, aire, luz y paisaje, forzándose en adoptar ventanas pequeñas y estrechas, dispuestas según la ley de una simetría o de una estética convencional.

Debemos entonces acabar con la tradición arquitectónica? Depende primero de lo que se entienda por tradición. Hemos visto a través de la historia de los estilos que hubo cambios, y de los grandes a veces. Cuando apareció la arquitectura gótica, una expresión sublime de la religión, los italianos acostumbrados a sus monumentos clásicos la rechazaron casi en todas partes y no dejaron de llamarla "arte bárbaro". Replicaron con el Renacimiento, retorno a las formas grecorromanas. Será más bella la Basílica de San Pedro que la Catedral de Nuestra Señora de París? Cada una en su género, diremos. Lo decimos ahora, pero no lo decían entonces los renacentistas. Para ellos Nuestra Señora de París era el producto de esos "bárbaros" que se atrevieron a abandonar la moda legada por los Romanos. San Pedro en la Capital italiana siguió los cánones establecidos por los conspiradores renacentistas. Sin embargo la catedral gótica era únicamente la manifestación de un pueblo cristiano; el templo romano, la de una civilización pagana, la arquitectura de los que adoraban a Júpiter y a otros millares de dioses con atributos humanos. La arquitectura gótica es una concepción pura, no es sino la utilización de la estructura para obtener efectos de-

corativos. El Renacimiento es un decorado donde los órdenes clásicos han dejado de servir como columnas-soportes para volverse ornamentación a lo falso, pegada a una fachada; es la deformación del elemento constructivo.

Al estudiar la historia del arte, vemos que la principal cualidad de un artista es precisamente la de "no haber copiado a los demás". En arquitectura los góticos no copiaron. Adoptaron nuevos sistemas de construcción a su alcance; los góticos fueron de su tiempo.

Si debemos entonces conservar esa palabra tradición, debemos entenderla de otro modo, en cuanto a arquitectura se refiere. La verdadera tradición no reside en copiar lo que era tradicionalmente "bueno" para nuestros antepasados, sino en establecer lo que es bueno para nosotros. Esa tradición no debe durar sino el tiempo que sirva. Si mañana guardamos nuestro helicóptero en la azotea, el garage al frente de la calle habrá perdido su razón de ser, y sin duda nuestros hijos verán que los que por repugnancia a los cambios siguen la moda del pasado, poniendo una puerta de garage que abre, sobre el salón, por ejemplo, para respetar la tradición no dejarán de inventar un sinnúmero de motivos sentimentales para justificarse.

Seamos lógicos pues. Hoy día nuestras ciudades edificadas por y para los peatones no sirven para el tráfico automovilístico. La tradición nueva nos impone calles anchas y parqueaderos. Y si no por hacer un mal de un bien, es decir, alargar desmesuradamente nuestras ciudades con esa facilidad del automóvil, queremos seguir viviendo a la escala humana, tenemos que concentrar la habitación. No podemos seguir viviendo pocas familias ocupando una cuadra entera. Sería agrandar las ciudades fuera de proporciones humanas, con el crecimiento normal de la población, con las dificultades de servicios y el tiempo perdido para ir de la casa al trabajo. Además es anti-económico. La tradición nueva está en la construcción a lo alto; los inmuebles de oficinas sobrepuestas, las viviendas a lo vertical.

El que viese con tristeza desaparecer los rincones típicos de alguna calle antigua donde solía soñar paseando meditabundo, se consolará sin duda con la contemplación de las zonas verdes que la nueva arquitectura provea en abundancia, ya que el área que los nuevos edificios necesitan es poca en superficie. Allí podrá tener el soñador su banca sombreada, escuchar el murmullo de alguna fuente, admirar esculturas y ver a niños sanos y felices que alegrarán el ambiente con sus juegos. Si nuestro transeúnte es de buena voluntad y de buena fe, no preferirá eso a unas vetustas y sucias paredes que no pueden abrigar sino alojamientos malsanos, focos de enfermedades y de desdicha?

Se ha ilustrado la diferencia que existe entre la arquitectura gótica y renacentista. La primera usando su misma estructura, columnas y cruceros esbeltos, arcos ojivales para lograr más altura y encerrar grandes vidrieras y arbotantes para recibir y contener los esfuerzos del armazón de piedra, tan fino y delgado como un encaje atrevido, una poesía de luz y claridad, todos sus elementos francamente afirmados resultando un conjunto de elegancia y belleza innegable. La segunda, escondiendo su estructura con fachadas donde, al contrario del gótico, los llenos son más abundantes que los vanos, todo eso para proveer más

superficie donde se adorsan columnas sencillas o apareadas con capiteles para recibir un arquivado, éste, ya no para sostener una techumbre como en la arquitectura griega, o como en cualquier casa de campesino que con sentido común levanta un poste de madera para soportar una viga sobre la cual se apoyará su techo, sino, más bien, para recibir otra fila de columnas que no tendrán más papel que el del adorno. La fachada renacentista imita a veces el tímpano triangular del templo griego. Pero si este indicaba claramente las dos vertientes laterales del tejado, en la estética convencional del romano-renacentista veremos por detrás de ese tímpano un parapeto que esconde una azotea. Azotea que se construye sobre bóvedas (notable aporte la bóveda), pero escondido otra vez como si fuera un detalle vergonzoso de la intimidad edificatoria. Los asirios que descubrieron la bóveda y los bizantinos que la adoptaron, la mostraban y sacaban de ella gran partido decorativo. Los góticos la delineaban con un techo tangente a sus arcos. Ahora bien, hoy día pasa más o menos lo mismo. Tenemos como nuevo principio arquitectónico un elemento lleno de flexibilidad y de recursos, mucho más maleable que la estructura gótica. El concreto armado. Por qué disimularlo con elementos decorativos que pertenecen a épocas muertas? Sería otra vez como disfrazar un espléndido automóvil con una carrocería de diligencia. Sin embargo, muchos son los que condenan la nueva expresión estética del concreto armado. Ideas de segunda mano, diremos, porque es admirar lo que se ha decretado bello por convención, condenar sin examinar. El arte no tiene normas fijas, evoluciona al compás de nuestras costumbres. Alguien que no recuerdo, tachó una vez sin discernimiento la arquitectura moderna de cajones, verticales a horizontales, o no sé como. Si hubiera sido italiano del tiempo del Renacimiento, habría dicho al ver una catedral gótica: se parece a un enorme anejo de piedra. Me recuerda el gallinero de mi jardín. Claro, tiene razón. Lo único que queda por ver es si los cajones o si el gallinero son feos. Ahí está el detalle; no quiere analizar y reconocer lo que se aparta de lo acostumbrado, Las nociones estéticas resultantes de largos siglos iluminados por velas no quieren adaptarse a los pocos años de alumbrado eléctrico. Se califica de feo lo que no corresponde a los conceptos clásicos, como si el sentido eterno de la belleza fuese miserablemente aprisionado en los límites fútiles de algunos preceptos... Unos preceptos dictados por los que, muertos hace tiempo, no sospechaban los cambios profundos que iban a trastornar la existencia.

Al civilizado le gusta ordenar. Legisla y establece reglas morales. Como el hombre no cambia mucho de naturaleza y de instintos, esas leyes morales siguen un curso bastante uniforme: matar y robar han sido ofensas de todos los tiempos. Pero por rígida que sea nuestra religión o estricto el código civil, no dejan de considerar las necesidades movibles del hombre. Es una tradición que establece lo que es bueno para nosotros según nuestras nuevas normas.

Pero diremos, eso no quiere decir que lo que era bueno para nuestros antepasados ya no lo es. Por supuesto que no. En arquitectura seguiremos usando bóvedas como los asirios, vigas como los griegos, arcos como los góticos. Esos principios no cambian. Pero del mismo modo que los reglamentos en vigor cuando los hombres se servían del

La Arquitectura y la Tradición

caballo, ya no son adecuados para los que corren en automóviles, la aplicación de los elementos constructivos precitados tiene sus nuevas posibilidades y por consiguiente su nueva estética, que no puede ser más anti-estética que lo era la catedral gótica comparada con el palacio del Renacimiento.

Si a algún edificio de expresión nueva no se le califica de buen aspecto es porque el arquitecto no tuvo el talento necesario en su concepción, o que el público no lo entiende; y este tema es tan viejo como las montañas.